

Élmer Mendoza

Ella entró
por la ventana
del baño



 SERIE
EL ZURDO MENDIETA

Sebastián Salcido, alias el Siciliano, está libre después de pasar más de dos décadas en prisión. Es el líder de un despiadado grupo de exmilitares dedicados al narcotráfico. Lejos de suavizarse en la cárcel, ahora busca con ferocidad vengarse del excomandante de la policía que consiguiera arrestarlo. El Zurdo Mendieta deberá atraparlo, pero muy pronto descubrirá que se trata probablemente de uno de los rivales más poderosos y desalmados que ha enfrentado en su carrera de detective.

Por si las cosas no fueran lo suficientemente difíciles, el Zurdo tiene una misión paralela: encontrar al antiguo amor de un empresario moribundo. Ricardo Favela, de ochenta y seis años, está en el hospital y los médicos le dan una semana de vida. Su último deseo es volver a ver a la mujer con quien vivió un intenso amorío hace veintidós años. Pero ni siquiera sabe su nombre.

Samantha Valdés, jefa del cartel del Pacífico y amiga del Zurdo, decide ayudarlo porque sabe de quién se trata. El Siciliano se ha convertido en una amenaza implacable. ¿Qué resultará de esta alianza contra un enemigo común? El Zurdo Mendieta está en una carrera contra ese reloj infalible que es la muerte, a la que ahora verá de frente. ¿Hallará al viejo amorío de Favela? Quizás usted tenga que encontrar la última pista.

Índice de contenido

Cubierta

Ella entró por la ventana del baño

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

Veintinueve

Treinta

Treinta y uno

Treinta y dos

Treinta y tres

Treinta y cuatro

Treinta y cinco

Treinta y seis

Treinta y siete

Treinta y ocho

Treinta y nueve

Cuarenta

Cuarenta y uno

Cuarenta y dos

Sobre el autor

Para Leonor

Dime, José Emilio: ¿A qué horas, cuándo, permitimos que México se corrompiera hasta los huesos? ¿A qué hora nuestro país se deshizo en nuestras manos para ser víctima del crimen organizado, el narcotráfico y la violencia?

FERNANDO DEL PASO

*Discurso de recepción del Premio Excelencia
en las Letras José Emilio Pacheco*

En literatura solo se sabe lo que se imagina.

CARLOS FUENTES

En esto creo

Uno

Hay días en que sería mejor ser transparente, pensó Gerardo Manrique, excomandante de la policía Ministerial del estado de Sinaloa, luego de escuchar una amenaza en su celular que le caló hasta los huesos: Estás muerto Manrique, muerto y enterrado, pinche policía lame bolas. Era una voz cascada, avejentada, pero firme. Estaba cenando tacos de cabeza en el local del Jerdy, uno los mejores de Culiacán, y después de la llamada quedó sin apetito. Paralizado. El olor de la muerte es cempasúchil y lo rondaba. Desde un principio comprendió que se había metido con un pez muy gordo, con uno de los jefes más poderosos del narco, con el que además mantenía una rivalidad esencial; pero fue policía con cierta ética y se hartó de ver cómo ese delincuente actuaba con total impunidad y más perteneciendo a esa institución tan importante que le ponía todo a su favor. El procurador del estado lo había protegido, pero pasaron los años y ahora yacía en alguna tumba oscura de Jardines del Humaya. Se acordó de que cuando descubrieron a la banda de militares traficantes pidieron ayuda pero toparon con pared. La misma pared del infierno. Una de las razones que lo obligaron a jubilarse sin cumplir el tiempo de servicio reglamentario, con la prohibición de hacer contacto con cualquier persona del medio, empezando por policías. Por eso estaba solo, además de que jamás se le facilitó hacer amigos.

Con su esposa y dos niñas vivieron once años en Ciudad Obregón, pero ya cumplían diez en Culiacán. Meses atrás recibió la noticia de que el hombre que encarceló y le

costó su carrera había dejado la prisión y empezaba a sonar en el bajo mundo. ¿No le bastaron al capitán Salcido veintidós años a la sombra? Sin duda, la cárcel no afecta a gente de sangre impura, como este tipo que traficó cientos de toneladas de coca y asesinó a más de doscientos sujetos y ahora acababa de sentenciarlo. ¿Quién más si no él podría llamarle con ese tono? ¿Quién más si no él tenía esa voz de fumador empedernido?

En ese momento, su mujer estaba de visita con su familia en Badiraguato, donde la conoció en una misión de la que regresaron con las manos vacías; porque si hubieran querido hacer una detención, hubiera tenido que ser al pueblo entero. Fuenteovejuna, señor. Acababan de conversar por celular y se encontraba bien, le chismeó que una de sus hijas le tenía una sorpresa, que esperara su llamada. Sonó el teléfono y era la indiciada. Hola, viejo cascarrabias, ¿cómo estás? ¿Qué te pasa ahora, hija desnaturalizada? Nada, panzón, simplemente quiero darte una noticia. No me digas que te embarazó ese cabrón; ya te dije que es un pendejo. Pues claro, ¿si fuera un genio crees que se iba a fijar en la hija de un expolicía con veinte kilos de más? Y no estoy embarazada, ¿no has oído hablar de la píldora del día después? ¿Entonces por qué te casas? Porque quiero, y, como te habrás dado cuenta, no te estoy pidiendo permiso, sino avisando. Silencio. Pinche plebe, igualita a su madre, bien determinada. Bueno, si ya lo decidiste, felicidades. Gracias, papá. ¿Y cuánto me va a costar? No seas presumido, viejo barrigón, bien sabes que tu pensión apenas alcanza para ustedes, así que solo danos tu bendición. Pero podemos aportar algo. En nueve días tenemos cita en el Registro Civil; vengan y nos invitan a comer. Elige un buen lugar. Gracias, viejo mantecoso.

Se quedó quieto en el fondo de la taquería, desde donde habló con su hija, que lo hizo olvidar su bronca por un momento. ¿Hasta dónde llegaba la ferocidad de su enemigo? ¿Intentaba amedrentarlo? Claro que no. Quería que se

angustiara, que se arrepintiera de haber nacido, que pidiera perdón arrodillado. Por eso le avisó, para que sintiera escalofrío y era justo lo que experimentaba. Hijo de su chingada madre, pero no la tendría fácil. Él no era chica paloma, practicaba tiro con frecuencia y su mano continuaba firme. ¿Alguien a quien pedir ayuda? Nadie, la gente más poderosa solo trabaja para sí misma y varios están metidos hasta el cuello en la inmundicia. Pagó la cuenta, echó un vistazo a cada lado de la calle y abordó su camioneta. Ocho veintinueve de la noche. Era alto y robusto. Vestía jeans y camisa a cuadros. Avanzó tranquilo. Si el diablo no tiene prisa, yo tampoco, rumió al llegar a la primera esquina, justo antes de que una Hummer negra lo embistiera y dos tipos con pasamontañas que salieron de un auto estacionado a unos pasos le vaciaran dos fusiles AK-47. Los cristales no impidieron la entrada de los primeros disparos, mucho menos del bazucazo que llegó de la Hummer y se llevó media cabina. En un postrero esfuerzo vació su Beretta contra sus atacantes, pero solo consiguió herir levemente a uno en un brazo. Mientras se le iba la vida, tuvo dos pensamientos claros: su amorosa familia y que para nada se arrepentía de haber detenido a uno de los jefes más implacables y sanguinarios, cabecilla de un grupo de militares corruptos que manejaban su propia red de tráfico en el norte del estado de Sonora y el sur de Arizona.

Hay noches en que los hombres duros sí bailan.

Dos

—Como lo oyes, entró por la ventana del baño.

Serían las diez cuarenta de la noche. El Zurdo Mendieta estaba en el hospital Ángeles, sentado al lado de la cama de un anciano de ochenta y seis años de aspecto devastado. La piel del cuello le colgaba, sus ojos eran dos orificios negros.

Alejandro Favela, su hijo, había buscado al Zurdo porque el anciano quería conversar con él. Era un antiguo rival de amores.

Puedes llamarme Álex. Tal vez me recuerdes, coincidimos un par de veces en la Col Pop. Se encontraban en el estacionamiento de la jefatura. Mendieta lo tenía presente, pero se negó a resucitar aquellos momentos infames. Tengo memoria de teflón, respondió desganado. La verdad es que nunca olvidaría la manera en que ese hijo de su puta madre, que lo tenía todo, asediaba a Susana Luján, la madre de su hijo. Eran jóvenes. El tipo permanecía serio. Más de veinticuatro años sin verse. Mendieta recordó que en aquella época Alejandro quería ser escapista en un circo. Al menos eso le comentó a Susana, seguramente para impresionarla. Es normal, solo nos vimos de lejos, afuera de la casa de Susana Luján, ¿la recuerdas? Una chica de la Col Pop, muy bonita. Más o menos.

—Yo vestía ropa de calle, en ese momento estaba orinando, cuando alcancé a ver por la reducida ventana unas piernas, luego unas nalgas y al final una cabellera roja, era

delgada. El baño daba a un pequeño jardín lateral y desde allí se divisaba la calle.

Al lado de la cama hidráulica de hospital había una mesita con agua, dos vasos, algunos medicamentos y un ejemplar de *El Debate*.

Álex le explicó al Zurdo que su padre le propondría algo, pero que por favor fuera a esa hora, cuando él estaría de guardia. Está hospitalizado y según los médicos se encuentra en las últimas, tiene un cáncer de páncreas del que nada lo salvará. ¿No te parece extraño que quiera hablar conmigo? La verdad sí, pero él siempre fue así, como que tenía dos cabezas y cada una pensaba cosas distintas; créeme que cuando me lo propuso no lo podía creer, le dije que no te conocía, claro, no recordaba tu nombre, menos que fueras policía. ¿Y él sí? Hubo un caso que implicaba a norteamericanos con los que mi papá solía ir de cacería que resolviste muy bien, según me comentó; debes recordarlo, creo que por eso sabe de ti. El Zurdo estaba recargado en el Jetta, Favela frente a él. ¿Tienes idea de qué se trata? Porque eso de ir a un hospital a las once de la noche a conversar con un moribundo no es algo que me arrebate, para qué más que la verdad.

—Me vio y sonrió.

Hola.

—Me saludó como si estuviéramos en un café, yo terminé rápidamente de orinar. Hola, dijo ella completamente dueña de sí misma. Se parecía a Milla Jovovich. ¿Te suena? La actriz que sale en *The Fifth Element*.

¿Eres el dueño de esta casa?

—Su voz era suave, como que arrullaba, ¿me entiendes? Pero contundente.

Te pagaremos lo que valga, mi padre está en su lecho de muerte y no quiero negarle nada. No comprendo por qué quiere charlar conmigo, el caso que mencionas fue

muy privado, además tú y yo ni amigos somos. Para serte franco yo tampoco imagino de qué se trata, ¿no tienes una oficina donde pudiéramos conversar más cómodos? No veo de qué tengamos que cotorrear, reconozco que la situación de tu padre es extrema, pero sigo sin entender qué tendría que ver conmigo o con la Policía Ministerial, ni si hubiera robado el tesoro de Moctezuma porque ese delito ya prescribió.

Soy el dueño, ¿qué te pasó?

Venía por la calle pensando en lo extraña que es la vida, no solo exterminaron el paraíso terrenal, sino que lastimaron el paisaje para siempre. No existe aquí un solo árbol con historia como el de la noche triste; luego topé con esta linda casa y me pregunté: ¿cómo se vivirá en una mansión así? Y decidí investigar, vi la ventana iluminada sin protección ni cristales y no pude resistir la tentación de hacerte una visita, espero que no te moleste. ¿Estás solo?

—Hablabas con tanta propiedad que me encantó. Discretamente miré por la ventana, divisé dos policías en la calle que inspeccionaban hacia todos lados y se retiraban de prisa y me volví a ella, que seguía sonriendo, y, claro, le seguí el juego.

El viejo tosió un poco.

Te entiendo perfectamente, Edgar, y te lo pido de favor, soy propietario de una flotilla de yates en Mazatlán, puedes disponer de uno con todo y tripulación cuando lo desees y por el tiempo que quieras. Mendieta le embarró una mirada venenosa que Álex captó perfectamente. Cierto que soy placa, pero hay horas del día en que no soy una mierda, y si tú no tienes la menor idea de lo que quiere tu padre, menos yo. Entonces te suplico que lo pienses, sé que no tienes ningún compromiso y que es un abuso pedirte esto, pero, no sé, me entró la curiosidad por saber qué quiere tratar contigo que no quiso decirme; si te decides estaré en

el hospital Ángeles desde las siete de la noche, cuando mi mamá y mi hermana se van a descansar; mi hermana es esposa del secretario de Agricultura del gobierno del estado, él podría ayudarte en algo: aumento de sueldo, un ascenso, que sé yo, la verdad desconozco tu situación. Mendieta se encrespó. No me chingues, ¿me dices eso porque soy un miserable poli y solo puedo aspirar a ganar más o a un pinche ascenso por recomendación? No, perdón, Mendieta, no quise ofenderte, ocurre que no encuentro la manera de lograr que visites a mi padre, y créeme, me lo pidió como última voluntad y me parte el alma no poder complacerlo; no sé si tengas papá. Ya no. Favela abatió la cabeza, sus ojos se humedecieron. Pues eres pésimo para convencer. Discúlpame, te dicen el Zurdo, ¿verdad? Soy zurdo. Bueno, fue un gusto saludarte. Iguanas ranas, bato. Eso de que no estuviera tu familia si aceptaba ir, ¿te lo pidió él? Es correcto. Extraño ¿no? Pues sí, y la verdad, como te digo, no entiendo un carajo.

El tipo me miró lloroso y me apretó la mano al despedirse. Por lo que veo, todos los pretendientes de Susana éramos unos completos descastados y este se veía bien friqueado. Qué onda. Mi cabeza estaba llena de sombras, no es que me estuviera volviendo loco, simplemente el alcohol me empujaba por un tobogán cuesta arriba. Sentía bien alterado el punto de flotación. Gris Toledo continuaba con licencia de maternidad; por cierto, no estaría mal hacerle una visita. A lo mejor su hijo ya anda de novio y yo sin verlo. Pinche morro, le voy a regalar una bicicleta de montaña para que sepa lo que es canela. A lo mejor el güey se hace ciclista o de pérdida saca a pasear a su morrita.

—Álex se había ido a Monterrey a estudiar, así que, después de cierto incidente, le ofrecí su recámara. Debía ser la una de la mañana, mi mujer y mi hija dormían.

Sonrió con picardía, preguntó por la puerta de la calle así, como tanteando, para saber dónde estaba.

—Esa noche iniciamos una relación que duró quince meses, los mejores de mi vida.

Hizo una breve pausa.

—Álex.

Se volvió a su heredero que escuchaba pasmado del otro lado de la cama.

—Voy a morir pronto, hijo, lo sé aunque el oncólogo no se atreva a llamar a las cosas por su nombre. Como deben haber comprendido, mi último deseo es ver a Milla.

El aludido abrió más los ojos.

—Pero, papá, mamá y...

—Es mi última voluntad y vas a cumplirla como un hombre cabal, y no permito vacilaciones.

Luego se volvió al Zurdo.

—Detective, cuando resolviste aquel asunto en las barbas del expresidente de los Estados Unidos demostraste de qué estás hecho. Quiero que la encuentres y me la traigas, esté donde esté y con quien esté. Y antes de que preguntes, nunca volví a verla y ni idea tengo de qué fue de ella.

—¿Cree que esté viva?

El viejo emitió una leve sonrisa.

—Milla es de las mujeres que no mueren jóvenes, lo sé, es de las que siempre estarán allí para controlar el mundo; ya verás cuando la conozcas.

Álex observaba. Tenía un par de cosas que decir, pero prefirió guardarlas.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que la vio?

—Veintidós años y dos meses.

—No es poco tiempo.

—Tampoco es mucho; detective, después de lo que te vimos hacer en el campo de caza, esto debe ser pan comido para ti.

Callamos, reflexioné un minuto. Si no quieren que la gente tenga una idea equivocada de ustedes, jamás hagan algo bueno, porque se arrepentirán el resto de su perra vi-